

EL PRECIO DEL RESCATE

Terlengiz

“No sólo Cristo no necesita rescate ni propiciación por el pecado, sino que esto mismo lo podemos decir de cualquier hombre, en cuanto que ninguno de ellos tiene que expiar por sí mismo, ya que Cristo es propiciación de todos los pecados y él mismo es el rescate de todos los hombres.

¿quién es capaz de redimirse con su propia sangre, después de que Cristo ha derramado la suya por la redención de todos? ¿qué sangre puede compararse con la de Cristo? ¿O hay algún humano que pueda dar una satisfacción mayor que la que personalmente ofreció Cristo, el único que puede reconciliar el mundo con Dios por su propia sangre? ¿Hay alguna víctima mas excelente? ¿hay algún sacrificio de mayor valor? ¿Hay algún abogado mas eficaz que el mismo que se ha hecho propiciación por nuestros pecados y dio su vida por nuestro rescate?

No hace falta pues, propiciación o rescate para cada uno, porque el precio de todos es la Sangre de Cristo.

Con ella nos redimió nuestro Señor Jesucristo, el único que de hecho nos reconcilió con el Padre”

San Ambrosio.

Del comentario sobre los Salmos.

Salmo 48.

Dentro de un par de Domingos la Iglesia celebra una fiesta contradictoria; la Exaltación de la Santa Cruz, contradictoria porque exaltar un instrumento de tortura, resulta bastante chocante.

Por eso he querido encabezar mi reflexión con este comentario de un gran Santo, que nos recuerda cual fue el precio de nuestro rescate.

Os recuerdo que en nuestras Biblias el Salmo al que se refiere este comentario es el 49, ya que San Ambrosio sigue la numeración de la Vulgata, numeración que es la que figura en las Biblias entre paréntesis. Y os lo recuerdo porque tal vez sería conveniente comenzar por leer despacio este precioso salmo, antes de abordar el comentario.

Nadie puede pagar rescate por su vida, dado lo alto que es ese precio, nadie puede salvarse a sí mismo.

Esto choca con esa concepción religiosa que muchos tienen todavía hoy, de acumular méritos y hacer cosas para ganarse el cielo, va ha ser que no, compañeros, va ha ser que no, ese precio no podemos pagarlo ninguno de nosotros, es demasiado alto para nuestros bolsillos.

Y el hombre que se empeña en salvarse a si mismo, el que confía en si mismo, acaba como dice el salmista, en la tumba, pastoreados por la muerte.

Aunque nos suponga un desgarró interior, aunque nos duela, si he dicho doler, porque creer duele y duele mucho. No hay que llamarse a engaño, Jesús nos asegura que el camino es angosto, no nos prometió que fuera fácil, nos prometió caminar con nosotros.

Y si tuvimos la mala suerte de haber sido maleducados en una fe mercantilista, basa en el negocio, en la compra de los favores de Dios; yo rezo tantas novenas y tu me curas no se qué, yo hago tal sacrificio y tu me das lo que te pido..., puro mercadeo.

Tendremos que hacer un esfuerzo especial para borrar nuestro disco duro, mas que un esfuerzo, un acto de entrega, dicho en términos militares una rendición incondicional.

Tenemos que darle cancha al Espíritu Santo para que pase por nuestro disco duro y lo borre completamente para que podamos grabar en el algo nuevo.

Y eso nuevo que tenemos que grabar, es la Buena Noticia de Jesús, la buena noticia que nos trae Jesús, que no es otra que el Evangelio de la Gratuidad.

Jesús nos anuncia que ha sido pagado nuestro rescate, que somos libres, absolutamente libres.

Jesús nos muestra un Rostro de Dios desconcertante; Un Dios que hace llover sobre buenos y malos, un Dios que paga lo mismo al que trabaja desde primera hora que el que ha empezado en la última, a un Dios que siente mas predilección por la oveja golfa que se fuga del redil, que por las noventa y nueve formales que se quedan en el redil, a un Dios que hace una fiesta de las grandes, cuando el hijo egoísta, desagradecido, sinvergüenza, empujado por el hambre que no por el arrepentimiento vuelve al hogar con el rabo entre las piernas.

Jesús en fin, nos muestra a un Dios que ama sin esperar nada a cambio, que ama desinteresadamente, que ama gratuitamente, que lleva su amor hasta el extremo y el extremo de una Cruz.

Nadie ha visto al Padre, sino el Hijo, nosotros no podemos ver a Dios, si no es en Jesucristo. Jesucristo es el Rostro visible del Dios invisible.

Que nadie se llame a engaño, que nadie se deje embaucar, que nadie se despiste lo más mínimo; ***sólo en Jesucristo podemos ver al Padre.*** (Jn 6,46 ss).

Y todo por pura gracia, por puro regalo, no por nuestros esfuerzos o trabajos, puro don, no somos nosotros los que podemos, sino El quien hace en nosotros, si le dejamos, claro.

Hemos de ser mucho mas humildes de lo que acostumbramos, como el bueno de Nicodemo nos hemos de preguntar como nacer de nuevo, como empezar de cero, como os comentaba antes, borrar el disco duro, olvidar todo lo que creemos saber o conocer de Dios, volver a ser niños con todo por aprender por delante. Si no os hicieréis como niños..., siempre interpretamos este consejo de Jesús como que tenemos que fiarnos de Dios, dejarnos conducir por el, y es una interpretación muy acertada sin duda, pero hay otra que tampoco va desencaminada, un niño es un ser en construcción, un ser que dedica todo el tiempo a aprender, observa todo, escucha con atención, imita, todo con el único objetivo de aprender.

Volver a ser niños, también es volver a ser seres en construcción, abiertos al aprendizaje; escuchando atentamente, imitando, preguntando...

Y en esta materia que nos ocupa, sólo tenemos un maestro: Jesucristo. Sólo él puede enseñarnos estas lecciones y como hace un niño en la escuela hay que comenzar por el principio, un niño primero aprende a conocer las letras, luego a juntarlas, a formar palabras, cuando sabe formar palabras se le enseña a crear frases, y así sucesivamente.

El abc, de nuestra fe, es precisamente éste; hemos sido rescatados por Cristo, nuestra primera palabra ha de ser gratuidad, gratuitamente hemos sido rescatados, gratuitamente

para nosotros, puesto que para Dios el precio ha sido tremendamente caro, a Dios nuestro rescate le ha costado la vida de su Hijo.

Y para aprender hacen falta dos condiciones principales; perseverancia y paciencia, insistir cuando nos trabamos en una lección, no rendirnos en la primera dificultad, insistir una y mil vez si fuera preciso, y tener paciencia, no querer quemar etapas, antes que leer el Quijote hay que pasar por la cartilla, antes que hincarle el diente al chuletón, hay que pasarse años con la leche, las papillas y los purés.

Si nos pasará como a cualquier niño, si a un lactante le damos un filete, no podrá comerlo, si le forzamos, se lo colamos en puré, le dará una indigestión, le dolerá la barriga, vomitará, tendrá diarrea y las pasará canutas.

A nosotros nos pasará lo mismo si queremos correr demasiado, volver a ser niños, no es otra cosa que volver a empezar, partir de cero. “Habéis oído que se os dijo..., pero yo os digo...”, de niños nos enseñaron esto o lo otro...; Pero Jesús nos trae un discurso nuevo.

Dios no es un sádico ególatra sediento de sangre y de dolor, no necesita de sacrificios, no es un monstruo que se nutre de nuestro dolor y nuestras lágrimas. Dios no quiere que sus hijos sufran.

El sufrimiento, el dolor y la muerte son hijos del pecado, no hijos de Dios.

Siempre en cada momento de la historia, han surgido los profetas de la desgracia, amenazando de parte de dios, (las minúsculas no son una errata), llamando a hacer penitencias sin fin, sacrificios y rezos interminables, falsos profetas, embaucadores, farsantes que se aprovechan de la angustia y la confusión para sembrar su veneno en los corazones. Son hijos del padre de la mentira, que so capa de religiosidad y piedad, en realidad nos alejan de Cristo, nos hacen perder el norte y nos desvían del camino.

Esto es fácil de entender, fijaos bien, si yo me paso el día rezando rosarios, ayunando, flagelándome de mil maneras, haciendo penitencias sin fin, ¿qué sucede? Pues que todo esta centrado en mi, yo ayuno, yo oro, yo me sacrifico, yo, yo, yo... ¿recordáis la oración del fariseo? Yo no soy como ese pecador, yo ayuno, yo cumplo...yo, yo, yo ...

Y claro llegamos al colmo de la soberbia, yo me salvo, yo por mis méritos conquisto la salvación, me la gano con mis sufrimientos y penitencias. Si esto fuera cierto, si esto fuera así, dentro de dos Domingos no tendríamos nada que celebrar, es mas, no seríamos cristianos, Cristo no habría tenido que encarnarse, hacerse uno de tantos, hombre entre hombres. No necesitaríamos un salvador, pues ya tenemos nosotros redaños suficientes para salvarnos solitos.

Si yo con mis esfuerzos me salvo, no necesito un salvador, me sobra Jesucristo, me sobra su vida y me sobra su muerte, y me sobra su Resurrección.

Estos embaucadores, ofrecen una manzana muy hermosa en apariencia, pero podrida por dentro, envenenada con el veneno mas letal que podamos imaginar, tan letal que nos mata el alma.

No me olvido de San Ambrosio; ***“ ¿Hay algún humano que pueda dar una satisfacción mayor que la que personalmente ofreció Cristo, el único que puede reconciliar el mundo con Dios por su propia Sangre?”***

Los méritos que nos alcanzan la salvación, son los méritos de Cristo, los méritos de su Pasión y Resurrección, que nos alcanzan la salvación por pura gracia, por pura gratuidad.

Y claro si afirmamos con la Sagrada Escritura y siguiendo a pie juntillas la doctrina de la Iglesia Católica, que sólo en Cristo alcanzamos esta redención y que sólo Cristo nos justifica y

nos rescata. Cabe preguntarse que papel juega en esta historia la bienaventurada Madre de Jesús, que papel le toca a la Santísima Virgen María.

Lutero y sobretodo sus seguidores, mas que el mismo que nunca abandonó del todo la devoción por María, se escudaron en el Solus Christus, Cristo Solo, orillando a la Virgen y los santos. Los católicos hemos intentado lograr la síntesis, aceptar las diversas formas con que Dios puede llegar a los corazones.

Y tal vez lo mejor será dar voz a la Iglesia para conocer cual es el culto debido a María.

“María, ensalzada, por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial. Y, ciertamente, desde los tiempos mas antiguos, la Santísima Virgen es venerada con el título de madre de Dios, a cuyo amparo los fieles suplicantes se acogen en todos los peligros y necesidades. Por este motivo, principalmente a partir del concilio de Efeso, ha crecido maravillosamente el culto del Pueblo de Dios hacia María en veneración y amor, en la invocación e imitación, de acuerdo con sus proféticas palabras; Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada, porque ha hecho en mi maravillas el Todopoderoso, (Lc 1,48-49). Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo, y lo favorece eficazmente, ya que las diversas formas de piedad hacia la madre de Dios que la Iglesia ha venido aprobando dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa, de acuerdo con las condiciones de tiempos y lugares y teniendo en cuenta el temperamento y la manera de ser de los fieles, hacen que, al ser honrada la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas, (cf. Col 1,15-16), y en el que plugo al Padre eterno que habitase toda plenitud,(col 1,19), sea mejor conocido, amado, glorificado, y que, a la vez sean mejor cumplidos sus mandamientos.” Lg VIII,66.

Esta claro, pues, cada uno en su sitio, Jesucristo es la Cabeza y por debajo de El estamos todos, cada uno ocupando su lugar, el Culto a María, marcado por la Iglesia, no puede alejarnos de Jesucristo, antes bien nos conduce a El, como el río desemboca en el mar.

María en la Cruz nos es entregada como madre, y como tal nos acoge a todos en su regazo, en María podemos encontrar la Ternura de Dios de un modo mas cercano. Cuando Benedicto XVI, aún era cardenal Joseph Ratzinger, en un libro escrito por el periodista Peter Seewald, a modo de preguntas y respuestas, un libro precioso y muy interesante, en el que en amena conversación, se da un amplio repaso por la fe, titulado; Dios y el Mundo, en el capítulo 13, sobre la Madre de Dios, Ratzinger contesta a la pregunta; ¿qué significa María para usted personalmente? Del siguiente modo ;

“ La expresión de la cercanía de Dios. La encarnación se vuelve realmente palpable sólo gracias a ella. Que el Hijo de Dios tenga una madre y que todos nosotros hayamos sido encomendados a ella, es de por si conmovedor. Las palabras del Crucificado, con las que éste entrega a María a Juan como madre, trascienden con creces el instante y se proyectan sobre el curso de la historia. Con esta entrega, la oración a María posibilita a cada ser humano una especial confianza y cercanía, y en general la relación con Dios”.

María es el icono que nos muestra lo que Dios quiere hacer en cada uno de nosotros, ella es la primera redimida y nos precede en la Salvación total, nosotros mientras vamos de camino, nos Jesucristo podemos fijar en ella para descubrir cuál es la meta a la que somos llamados y conducidos por el Espíritu Santo.

Pero sin menoscabo de Jesucristo, sin restar nada a Jesucristo, esa es la doctrina de la Iglesia a la que debemos sujetarnos y como el Concilio nos enseña, cuidando de abstenerse tanto de toda falsa exageración cuanto una excesiva mezquindad de alma, (Lg 67).

La Renovación Carismática muchas veces es acusada de ignorar la figura de María, creo que es una acusación injusta, por cuanto que el carisma propio de la Renovación no es el culto mariano, sin duda respetable, pero no es el camino que el Señor le ha dado a la Renovación, y no debe serlo en razón de esto mismo que decimos; no es nuestra vocación, lo que implica que no esté presente en nuestra oración, honrando al Hijo, honramos a la Madre y no es preciso mencionarla explícitamente, a nosotros nos ha sido dada la Alabanza a Jesucristo como camino de Salvación, es nuestra vocación y nuestro salvavidas, agarrados a este flotador podemos evitar ahogarnos en el mar turbulento de nuestra vida.

La alabanza, nos saca de nosotros mismos, nos descentra de nuestro yo y nos centra en Jesucristo, la alabanza es el abc. Que nos enseña las primeras letras y nos va introduciendo en la vida de Cristo, al abrirnos a la alabanza nos abrimos al Espíritu Santo y le damos la oportunidad de hacer su obra en nosotros.

Y la alabanza es la respuesta que podemos dar ante la inmensa Gracia que recibimos a manos llenas del Señor. La respuesta a la Gratuidad es la Alabanza, cuando uno descubre que ha sido rescatado gratuitamente, no le queda mas que rendirse y rendir alabanza, con todo su ser, con todo el corazón, con toda el alma, con todo entusiasmo, con toda confianza.

Una alabanza limpia, desinteresada, una alabanza que brota de un corazón de niño, que acepta y agradece ilusionado todo lo que recibe, bailando, dando palmas, saltando, porque no solo hay que alabar con los labios o el corazón, hay que alabar con todo el cuerpo, levantando los brazos, bailando, saltando, fuera miedos y respetos humanos, el Señor ha estado grande en medio de nosotros y estamos alegres, y lo manifestamos, con la libertad de los niños, de los inocentes, de los limpios de corazón.

Hay que volver a ser un niño, a mirar con ojos limpios, a abrir el corazón a las cosas nuevas, a aprender tantas lecciones que nunca nos fueron enseñadas y que el Señor está deseando que aprendamos. Con alegría, con la inmensa alegría que brota de un corazón rescatado, con el gozo inmenso de sabernos salvados por la misericordia de un Dios, que nos ha amado y se ha entregado por nosotros, hasta el extremo, hasta la Cruz.

Un Dios que ha pagado un precio de sangre por todos nosotros, no porque lo mereciéramos, sino porque nos ama.

Un Dios encarnado en el seno de una Virgen, Emmanuel, Dios con nosotros, que acompaña nuestro caminar y nos sostiene y alienta hasta el fin de nuestros días. No como fiscal acusador, sediento de venganza, sino como compañero y hermano, al que reconocemos al partir para nosotros el pan que nos alimenta.

LOS MILAGROS QUE A EL LE HUBIERA GUSTADO HACER.

J.L. Martín Descalzo.

*Y, a la caída de la tarde, llegó el fariseo.
Llevaba sobre la frente la palabra de Dios como una corona,
tenía los dedos desgastados de purificaciones
y el corazón tan dedicado al cielo
que apenas se acordaba si tenía ya esposa.
“Maestro bueno –dijo-, tú que lo sabes todo, dime:
¿es lícito engendrar un hijo en sábado?”
Jesús miró al ilustre y lentamente llevó sus ojos
hasta un árbol donde los pájaros cantaban.
“ ¿Porqué me preguntas eso? ¿Acaso temes
que Dios sea enemigo del amor?”*

*“No del amor,
sino de dos carnes que se buscan ardiendo.
Todos los libros santos piden pureza”.*

*“Pero yo os digo:
Hay un amor, sólo un amor de distintos colores.
¿hiere al cielo que escuches el canto de los pájaros?
¿No se abren en sábado las rosas?
¿estará Dios celoso de la belleza de los ríos?
¿Vientos y mares dormirán los días de precepto?*

*No os juzgarán por el número de palabras aprendidas,
ni seréis arrastrados al infierno
si en la cuenta falta una genuflexión.
Pero, ¡Ay de vosotros si en el camino malgastáis la alegría!”*

*El fariseo miró a Jesús tembloroso.
Toda su importante vida rodaba de su cabeza cual un sombrero
volado por el viento.
Y dijo;*

*“ Y yo podría volver a ser un niño?”
Jesús sonrió. Dijo “Sea”.*

*Y el niño por la orilla se fue buscando conchas
y cantando canciones que nunca había aprendido.*

